

Marañón y Feijoo

ANTONIO FERNÁNDEZ DE MOLINA

*Asesor General de la Fundación Gregorio Marañón.
Real Academia Nacional de Medicina*

COMO YA ES TRADICIONAL, la Semana Marañón va a estar dedicada a uno de los muchos asuntos que, a lo largo de su vida, trató el doctor Marañón. En esta ocasión, al Padre Feijoo, al que dedicó su libro de 1934 *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*. En él hace un minucioso recorrido por el ambiente científico de España a comienzos de siglo XVIII, por la personalidad de Feijoo, sus amistades intelectuales, sus adversarios, sus ideas médicas y sobre la enseñanza de la medicina, su método experimental, su relación con el enciclopedismo, etc.

Marañón, que admiró siempre a Feijoo, lo definió como «un hombre admirable, no tanto por su obra, con ser de calidad excelsa, como por su actitud ante el error y la verdad [...] el más genuino representante de la crítica enciclopedista del siglo XVIII [...] con completa independencia de la trayectoria del enciclopedismo francés». «Si alguna vez ha despertado sospechas su actitud filosófica –añadía– ha sido [...] por el pueril afán de los liberales del siglo XIX de incorporar al benedictino a las gentes de su bandería», o bien, «por los propios católicos: estos católicos nuestros, fieles a su instintiva precaución contra todo lo que significa inteligencia viva y libre».

Su admiración por Feijoo surgió desde que, siendo niño, tuvo ocasión de familiarizarse, guiado por su padre, D. Manuel Marañón –gran jurista y bibliófilo–, con la obra del Padre Maestro. Algo muy especial debió suceder para que la figura de este gigante de la cultura de todos los tiempos quedara grabada, diría más, embebida en la

mente de Gregorio Marañón. Más adelante no se contenta con estudiar profundamente su obra. Dedicada nada menos que el discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua al elogio de la obra del monje benedictino. Ello sucedió el 8 de abril de 1934.

Marañón necesita conocer más y más de Feijoo. Acude en viaje, casi de peregrinación, a contemplar la casa donde nació y pasó su infancia, situada en el Lugar de Casdemiro, de la Parroquia de Santa María de Melias, en la provincia de Orense. Allí se asoma desde el balcón de la modesta vivienda para contemplar el mismo paisaje de verdes prados y lejanas nieblas que contemplara el niño Feijoo.

El mismo año visita el Monasterio de Samos en Lugo. Conoce y cautiva al abad benedictino y «se cuentan cosas del fraile». Acude a conocer, a estar en la celda del convento de San Vicente de Oviedo y se familiariza con el ambiente, la ventana desde la que muy de mañana se asomaba el Padre Feijoo para respirar el aire nuevo y fresco del nuevo día de oración y trabajo.

Marañón quedará comprometido de por vida con la colosal figura humana del padre Benito Jerónimo Feijoo. Cuando pasa en París los amargos años del exilio —recientemente conmemorados con la inauguración de una placa conmemorativa en el número 7 de la rue Georges Ville— no se olvida del Padre Maestro. Revisa el libro, y allí, en el París de 1941 ocupado por las tropas alemanas, termina de preparar la 2.^a edición de *Las ideas biológicas*. En su prólogo recuerda la visita a Casdemiro en 1936, «Tengo aún viva en mis ojos la dulzura del paisaje que se ve desde el mismo balcón...» Y a continuación anota: «Como de paso, conoció Madrid y otras pocas ciudades de España. Al extranjero no se asomó jamás y, sin embargo, ningún otro español ha hecho tanto como él para incorporar nuestra alma al alma del mundo, sin empañar su pureza tradicional».

Por fin la tercera edición del libro la firma en Toledo en 1954. «Desde la anterior edición de este libro, le han pasado muchas cosas al Padre Feijoo. Se ha quemado el monasterio de Samos [...] pero Feijoo, alma de Samos, escapó de las llamas, con sus libros a cuestas, y está ya fuera de riesgo, vivo, en todas partes, donde se hable el castellano y donde se estime como un don del Cielo la libertad de pensar». «Otro suceso, este jubiloso: la ciudad de Oviedo, fiel a su gloriosa historia, no ha olvidado que fue la segunda patria de Feijoo, y dedicará un ferviente recuerdo a la memoria del gran benedictino, re-

haciendo la morada de San Vicente, donde el insigne polemista escribió, declinó y murió para este mundo».

El mismo año creaba también el Ayuntamiento la *Cátedra Feijoo*: «El Ayuntamiento de Oviedo ha querido honrar la memoria de uno de sus hijos más preclaros, creando bajo su nombre una cátedra universitaria. Aunque no fue ovetense de nacimiento, lo fue por adopción y por derecho de residencia, ya que en esta ciudad pasó la mayor parte de su vida, en su Universidad ejerció el más luminoso magisterio y en el mismo Oviedo redactó sus más importantes obras [...] El Ayuntamiento ha querido pagarle esta deuda de gratitud y lo ha hecho de la manera más digna. La *Cátedra Feijoo*, creada por su iniciativa, mantenida generosamente a sus expensas y vinculada a la Universidad gloriosa en la que el sabio benedictino ejerció su docencia, será como una lámpara votiva encendida permanentemente en memoria del gran maestro. Quiere la Corporación Municipal de Oviedo, y así lo acordó en la sesión fundacional del 26 de marzo de 1954, [...] que esta Cátedra se dedique ante todo a 'definir e investigar las enseñanzas del P. Feijoo' mediante la colaboración, si ello es posible, de los más ilustres maestros, tanto nacionales como extranjeros»¹.

Y el Patronato de la *Cátedra Feijoo* estimó que ninguna personalidad había en España ni fuera de ella más indicada para inaugurar las lecciones que el ilustre profesor Dr. D. Gregorio Marañón, conoedor como nadie de la obra, la vida y el espíritu del P. Feijoo.

El Dr. Marañón aceptó el encargo, y el domingo 28 de marzo de 1954, desde la tribuna del paraninfo de la Universidad, que ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades, dictó la primera lección de esa *Cátedra*, cuyo texto fue publicado como primer *Cuaderno de la Cátedra Feijoo*.

El texto de esa conferencia constituye el mejor ensayo que se ha escrito sobre la vida, obra y persona del insigne benedictino, texto al que acuden los eruditos necesitados de información sobre la esencia del fraile, su íntima psicología, sus maneras y reacciones ante la sociedad de su tiempo, lo que para Marañón constituye un maestro, la actitud de Feijoo ante los honores ofrecidos y apenas alguno aceptado, y sobre todo la publicación inicial de la obra feijoniana y las edi-

¹ Vid. la introducción, anónima, a la conferencia inaugural de Gregorio Marañón, *Evolución de la gloria de Feijoo*, que constituyó el primer número de los *Cuadernos de la Cátedra Feijoo* y que se publica como Apéndice de este volumen.

ciones múltiples que se han hecho posteriormente con gran esfuerzo, ya que entre el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* constituyen un conjunto de 19 tomos al cuarto. La primera, promovida por Campo-manes, apenas fallecido Feijoo. Comenta también la gran difusión en Europa y América, de cómo en sus visitas a la Sorbona y en Universidades de América, en especial de Perú, Uruguay, Chile, Argentina y Brasil, oyó continuos comentarios sobre la obra de Feijoo.

A Feijoo le achacaron el error científico, la falta de patriotismo y la herejía. Marañón, en esta conferencia, deja bien claro donde estaba el error, los antipatriotas y los auténticos herejes.

Las ideas biológicas y especialmente médicas de Feijoo están de plena actualidad. «La Medicina actual —decía Marañón en 1954— admirable pero engréida, eficaz pero dogmática y empinada sobre un frágil pedestal científicista cuando le sobra una ancha base granítica para descansar, necesita aún el soberano palmetazo de Feijoo, con la palmeta del claro y humilde sentido común; y lo necesita tanto, casi, como la medicina del siglo XVIII».

A la figura y obra de este gigante de la cultura española y al libro que escribió Gregorio Marañón ocupándose de él está dedicada la *Semana Marañón 2000*, cuyo programa ha coordinado la profesora Inmaculada Urzainqui, actual Directora del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, heredero de la *Cátedra Feijoo* y que hoy cuenta con un grupo de selectos y muy relevantes investigadores. Los temas que en él se han incluido componen un conjunto coherente y muy completo sobre el insigne benedictino. Del importante grupo de participantes merece destacarse la presencia del ilustre historiador Miguel Batllori. Si al P. Batllori le sobran méritos para participar en cualquier encuentro de historiadores, para estar en éste cuenta con uno muy especial: el que su discurso de ingreso en la Academia de la Historia fuera, en su día, respondido por otro del propio Gregorio Marañón.